

**BEST
SELLER**



René Barjavel

EL GRAN SECRETO



Unos científicos descubren el secreto de la inmortalidad... y aquí surge el problema.

¿Qué ocurriría si se contaminaran flores y mariposas y jamás murieran y, paulatinamente, cubrieran lenta e inexorablemente el planeta?

¿Y las malezas? ¿Y los humanos?

Esta es la historia de un gran amor, separado por un acontecimiento extraordinario.

Los dos amantes se se reúnen en circunstancias como nunca han conocido hombre o mujer alguna.

Es también la historia de un misterio que desde 1955, con el peso de una angustia común, por encima de barreras ideológicas y del imperialismo, preocupa y obsesiona a los jefes de las más grandes naciones.

El gran secreto puso fin a la guerra fría, fue la causa del asesinato de Kennedy, es lo que ha hecho comprensible el comportamiento de De Gaulle durante el mes de Mayo de 1968 y lo que hizo indispensables los viajes de Nixon a Moscú y a Pekín.

No tiene nada que ver con la guerra global, o la bomba de hidrogeno.

Es lo secreto del miedo mas terrible y de la esperanza mas grande del mundo.

Todo esta volcado en una apasionante novela, tan solo en la ficción de una novela, pero...

¿Y si resultara verdad?

Para Jean-Pierre Rudin, amigo de los libros, este libro y
mi amistad.

I - Como la Jeanne de otros tiempos

El diecisiete de enero de 1955, un poco después de las once de la mañana, el *pandit* Nehru, primer ministro de la India, inauguró la sesión de lo que en Francia se llama un consejo de ministros. Inició inmediatamente una discusión sobre las medidas que debían tomarse para remediar el hambre que asolaba el Bihar. Esa gran planicie situada en el norte de la India no había recibido ni una sola gota de lluvia durante los últimos tres años. La gente y los animales perdían poco a poco el agua y la carne de sus cuerpos, y se convertían en esqueletos poco antes de morir sobre la tierra resquebrajada.

Lo que debía hacerse era muy simple: irrigar el Bihar con las aguas del Ganges; medio siglo de trabajo. Distribuir alimentos; no tenían. Rezar para que lloviera; nunca se había dejado de rezar.

El jefe de gobierno recibió una llamada telefónica desde Bombay alrededor de las once y media. El llamado fue recibido por su primer secretario, quien respondió que no podía molestar al primer ministro durante la reunión del consejo, en la que se discutían problemas muy graves. El hombre que estaba al otro extremo de la línea y cuyo nombre era perfectamente conocido del secretario, adujo que en el mundo entero no había nada más grave e importante que lo que debía comunicarle urgentemente a Nehru.

Y sobre la mesa alrededor de la cual estaba reunido el consejo sonó el teléfono que solamente debía sonar en caso de cataclismo, guerra o incendio en el palacio de gobierno. Nehru levantó el tubo y se quedó escuchando

mientras los ministros lo miraban sorprendidos e inquietos. El hombre que estaba al otro extremo de la línea y a quien Nehru conocía muy bien, le rogó que abandonara los demás asuntos y fuera a verlo a Bombay. No había nada más serio ni importante en el mundo entero que lo que tenía que comunicarle con suma urgencia a solas.

La muerte no es un acontecimiento importante ni deplorable para un hindú. Ya fuera la propia o la ajena, la muerte es solamente el fin de una de las sucesivas etapas del largo viaje de las reencarnaciones. El alma recién alcanza la paz después de haber sido purificada por los sufrimientos de una serie de vidas, más numerosas que las hojas de los árboles de un bosque. La mayoría de los hindúes se resignan frente a esta infinidad de pruebas por las que deben pasar, y soportan con paciencia los grandes y pequeños contratiempos de su existencia actual, que no es sino una entre millones de otras que todavía les falta soportar. Algunos tratan de escapar de la fatalidad de esa infinidad de vidas, librándose de todas las impurezas por medio del ayuno, del ascetismo, la meditación y los ejercicios, hasta que el tosco guijarro que constituye su alma se vuelve lo suficientemente pulido como para atravesar las paredes del túnel de las reencarnaciones. Algunos sabios como Nehru, y Gandhi antes que él, llenos de una compasión infinita por los sufrimientos de los vivos, tratan de allanar el terreno por el que estos últimos deberán transitar durante su existencia actual, para evitarles heridas y desangramientos. Por poco que sea. Y dentro de sus posibilidades...

Lo que el hombre al otro extremo de la línea tenía que decirle a Nehru era tan grave, que no quería correr el riesgo de que otros pudieran oír ni una sola palabra de la conversación. Le pidió al *pandit* que fuera a verlo personalmente sin perder un minuto. La suerte del mundo, "y tal vez más aun", dependía de la premura con que llegara y de la rapidez con que tomara luego las decisiones pertinentes.

Nehru colgó el tubo y guardó silencio durante unos instantes. Estaba vestido con una túnica blanca adornada con una rosa roja en el tercer ojal a partir del cuello. Sus ministros lo miraban y esperaban en silencio que se dignara hablarles. Él reflexionaba sin mirar a nadie, mientras en sus finos labios flotaba una débil sonrisa como muestra de su permanente cortesía. Sonreía aun cuando dormía, en la noche más oscura, por cortesía hacia la luz y hacia su enemigo.

Miró finalmente a los hombres reunidos alrededor de la mesa y se disculpó por tener que dejarlos. Debía viajar a Bombay sin perder un minuto por razones de orden privado. Podían proseguir analizando los problemas del Bihar sin él. Salió y los demás reanudaron sus conversaciones y el Bihar siguió resecándose, como no habría dejado de pasar, aun si Nehru se hubiera quedado sentado junto a ellos.

El avión particular del primer ministro volaba rumbo a Bombay. El hombre al que iba a ver era un anciano, un amigo de su padre. Nehru sentía por él tanto respeto como admiración. Era al mismo tiempo un sabio y un santo. Había alcanzado ese grado de purificación interior en el que resultaba imposible pronunciar una palabra falsa o inútil, o aun atrevida. Por eso era que el *pandit* decidió ir a verlo.

Por supuesto, los teléfonos del gobierno indio estaban intervenidos, como los de todos los demás gobiernos del mundo. Tres servicios secretos sabían ya que Nehru viajaba rumbo a Bombay para recibir una información de la que podía depender el destino del planeta. Mensajes cifrados partían en todas direcciones aun antes de que el avión despegara de Nueva Delhi: adviertan al gobierno, avisen a los corresponsales de Bombay, averigüen quién efectuó la llamada telefónica, tomen medidas para enterarse de las futuras conversaciones, consigan todos los documentos, muestras, fotografías, datos referentes al objeto de la entrevista...

Esos mensajes fueron interceptados y descifrados por otros espías, y todos los servicios secretos se enteraron del asunto al final del día. Y así fue como empezó una formidable y oscura batalla que debía durar muchos años y cobrar numerosas víctimas entre los integrantes de las redes de espionaje. Y a pesar de que numerosas veces tuvieron la prueba de la tremenda importancia de lo que perseguían, en ningún momento de su largo combate ninguno de los agentes de los distintos países supo de qué se trataba.

El avión aterrizó en el aeródromo de Bombay en medio del calor húmedo del invierno tropical. Nehru bajó por la escalerilla en cuanto la acercaron a la máquina. La rosa roja sujeta en el tercer ojal de su túnica blanca empezaba a marchitarse. Era ya entrada la tarde.

En París hacía rato que había obscurecido. Era de noche y hacía frío. Jeanne Corbet telefoneó a su casa para avisarle a su marido que no volvería esa noche. Él sabía por qué. Ella no le ocultaba nada. Era veintiún años menor que él. Él la descubrió cuando ella seguía un curso de patología cardíaca en la Facultad de Medicina. Se casaron y fueron muy felices durante dos años, bastante felices durante tres años más, y vivían en paz desde entonces.

Tan inteligente como bonita, y decidida a triunfar, ella lo habría conseguido igualmente sin su ayuda, pero él le facilitó el trabajo, abriéndole puertas y evitándole escollos. Ella se convirtió en su asistente; le gustaba el trabajo y quería a su marido. Tenían un hijo de once años llamado Nicolás. Y desde hacía once meses tenía un amante que la transformó completamente.

Su marido le brindó satisfacciones e incluso placer; ella le ofreció cariño, admiración e incluso deseo. Una armonía y un equilibrio inteligentes reinaban entre los dos, y ambos salían satisfechos de sus encuentros amorosos. Su amante Roland, en cambio, la transportó súbitamente a otro mundo, como sucede cuando al viajar en avión luego de atrave-

sar la habitual cortina de lluvia se descubre la gloria del sol sobre las nubes que se tornan resplandecientes.

Las consecuencias de lo que estaba sucediendo en Bombay en el preciso momento en que ella acababa de reunirse con Roland, repercutirían en sus vidas con la fuerza de un ciclón.

Un auto sin escolta esperaba a Nehru en el aeropuerto de Bombay. Lo condujo hacia las afueras de la ciudad, hasta una mansión antigua, grande y espléndida, casi un palacio. Unos sirvientes abrieron el portón de rejas del jardín y lo cerraron después de que entró el auto. Una calle atravesaba grupos de inmensos árboles y floridos macizos, regados permanentemente por molinetes giratorios. El aire tenía olor a tierra húmeda, a mango y a sándalo. La calle dividía en dos un bosquecillo de rododendros color púrpura y altos como castaños, y llegaba luego a un pequeño y moderno edificio de una sola planta y paredes de ladrillo ocre. Nehru lo conocía muy bien. Había venido antes en compañía de su padre y dos veces más después de la muerte de este último, para conversar con la persona que trabajaba en este lugar y cuya sabiduría apreciaba en grado extremo.

Bajó del auto, que se quedó esperándolo. Por eso fue que Jeanne Corbet se enteró más adelante, al interrogar al chofer, de que Nehru había permanecido cinco horas en el interior del edificio.

Cuando llegó a la puerta le sorprendió no ser recibido por su anfitrión, que todas las otras veces lo había estado esperando en el umbral. La puerta estaba abierta; el salón de entrada y los corredores estaban vacíos. Nehru se internó hacia el fondo del edificio por el corredor principal, en cuyo cielo raso giraban silenciosamente los ventiladores. Las paredes eran de cerámica blanca interrumpidas por ventanales, a través de los cuales podía ver que los laboratorios en los que trabajaban habitualmente los colaboradores del sabio estaban totalmente desiertos.

Por la mitad del corredor, dos nichos se enfrentaban en las paredes, conteniendo sendas estatuas de antiguo bronce dorado: una representaba a Vishnú, el Conservador del Mundo, y la otra a Shiva, el Destructor, con tres ojos. En los pies de cada una podían verse unos cuantos pétalos ya marchitos y los residuos de unos palillos perfumados. Nehru se quitó la rosa de su ojal y la depositó a los pies de Vishnú.

Llegó por fin al fondo del corredor, donde estaba el laboratorio principal. A través del vidrio vio a dos hombres vestidos de blanco, con cofias blancas, inclinados sobre una pequeña caja de vidrio en la que aleteaba una mariposa azul y marrón. El que estaba frente a él lo vio, e inmediatamente le hizo señas al otro, que se dio vuelta y le sonrió. Era un anciano cuyo rostro color cuero oscuro estaba iluminado por una blanca y resplandeciente barba. Por encima de una nariz bastante prominente, sus ojos grandes parecían el camino que conducía al corazón de un bosque perfecto. Eran al mismo tiempo fuente, fruto, frescura, sombra, luz y paz.

Nehru juntó las manos frente a su cara y se inclinó. Los dos hombres le retribuyeron el saludo. Nehru quiso reunirse con ellos en el laboratorio, pero la puerta estaba cerrada con llave. El más joven de los hombres, que parecía cansado y preocupado, le hizo señas de que entrara en el laboratorio contiguo. Allí encontró, entre las mesas cubiertas de tubos de ensayo e instrumentos, un sillón ubicado frente a la mampara de vidrio que separaba los dos cuartos. Sobre una pequeña mesita y al alcance de su mano, estaba ubicado un teléfono. El hombre de la barba blanca se sentó frente a él, en una de las sillas del laboratorio separado por la mampara de vidrio. Descolgó un teléfono y le hizo señas a Nehru para que hiciera lo mismo con el suyo. Cuando Nehru se colocó el auricular en la oreja, el hombre comenzó a hablarle en inglés.

Se llamaba Shri Bahanba y tenía entonces setenta y siete años. Pertenecía a una familia de brahmanes ricos y sabios desde siglos atrás. Mientras estudiaba en Inglaterra, durante la época del dominio inglés, se apasionó por la biología, la zoología, la botánica y las ciencias de la vida en todas sus formas. Cuando regresó a la India, dedicó todo su tiempo a la realización de investigaciones y experimentos con lo que constituye el elemento básico de la vida: la célula. Su nombre y sus trabajos eran conocidos por los sabios de todo el mundo. A pesar de no ser médico, prestó servicios a la medicina, tal cual hizo Pasteur un siglo antes. Las maravillas y los horrores que descubría cada día en su microscopio, habían confirmado sus creencias y lo habían ayudado a recorrer su trayectoria espiritual.

Se dirigió a Nehru en inglés y le dijo:

—Te agradezco que hayas venido. Y te agradezco que lo hayas hecho rápidamente. No creo que puedan escucharnos; este teléfono está desconectado de los demás, mis sirvientes vigilan el jardín y no permiten acercarse a nadie... He tomado las mayores precauciones, pero tomaré otra más al abandonar este idioma que todo el mundo entiende.

Y dejó de hablar en inglés para hacerlo en sánscrito. Aun en la India son muy pocos los que saben leer la antigua lengua sagrada, y menos aun los que saben hablarla y comprenderla: Nehru era uno de ellos. Para expresar ciertos conceptos modernos, el anciano tuvo que recurrir a metáforas y circunloquios, pero Nehru comprendió perfectamente bien lo que Bahanba quería comunicarle.

Cuando salió, cinco horas después, se detuvo en mitad del corredor entre las dos estatuas de los dioses, se inclinó con las manos juntas, primero frente a una y luego frente a la otra, recogió la rosa ya marchita que había depositado a los pies del Conservador, y la depositó con deferencia frente al Destructor.

El hombre que el servicio secreto inglés destinó inmediatamente para hacerse cargo del asunto, comprendía el sánscrito pero no pudo acercarse a los laboratorios. Fue interceptado por los sirvientes y relegado al otro lado del portón de rejas. La tarea de los que tienen como misión descubrir los secretos de otra persona no es tan fácil como puede creerse según ciertos libros o películas cinematográficas. Y en el año de 1955 los métodos para interceptar las comunicaciones estaban tan lejos de los actuales, como lo está la carreta de bueyes del cohete *Apollo*. Nadie escuchó lo que se dijo ese día en ese lugar. Los habitantes del islote trescientos siete se enteraron un poco después y Jeanne Corbet se enteró, a su vez, gracias a ellos.

Jeanne se despertó por la mitad de la noche. Había dejado encendida una lámpara que arrojaba una débil luz en el otro extremo del cuarto, la suficiente como para poder verlo no bien abriera los ojos. Lo miró. Dormía como un niño, tranquilamente y sin hacer ningún ruido. Sujetaba todavía con su mano derecha la sábana con la que se había cubierto hasta el vientre, pues no quería que ella viera su sexo mientras descansaba porque le parecía ridículo. Los músculos chatos resaltaban discretamente sobre su pecho amplio, liso, sin un solo pelo. Tuvieron oportunidad de pasar unos días juntos en Marruecos durante el mes de diciembre. Prácticamente no salieron del hotel, abandonando la cama solamente para ir a la piscina o a la terraza. Lo único que veían era ella a él y él a ella. El resto del mundo no era más que un telón de fondo apenas perceptible, una bruma agradable y exótica, un algodón perfumado con el que envolvían su amor. Cuando volvieron, ella tenía un tono marrón cobrizo, y él un color como el del pan fresco.

Las pequeñas puntas de las tetillas parecían dos caramelos sobre el pecho chato de Roland, que apenas se alzaba con la respiración. Jeanne se inclinó sobre la más próxima, hasta sentir que apenas tocaba su frente, no en el mis-

mo medio, sino un poco más abajo de la ceja izquierda, en ese punto tan sensible como la palma de la mano. Permaneció así varios segundos, en el límite de la inmovilidad y la caricia, resistiéndose al deseo de apoyarse toda entera sobre él, de tocarlo con la totalidad de su piel. Eso era lo maravilloso de la desnudez, que todo el cuerpo se convirtiera en una mano para poder tocar y sentir el otro cuerpo igualmente despojado de su caparazón, igualmente sensible, ávido y curioso.

Pero dormía tan pacíficamente...

De repente sintió sed. Se incorporó y se sentó al borde de la cama. El cuarto estaba abrigado y olía a amor y a cáscara de naranjas. La noche anterior comieron naranjas y ella colocó las cascaras sobre los radiadores de la calefacción central. Los horribles cortinados color ciruela cubrían las ventanas. Ya empezaban a gustarle, como así también todos los otros detalles de ese departamento ridículo que él había alquilado para sus encuentros. El dormitorio y el living estaban repletos de muebles de estilo Napoleón III, lámparas, adornos y estatuillas que abarcaban todos los períodos hasta el año treinta. Una mujer vestida de seda amarillo pálido colgaba de la pared dentro de un marco dorado frente a la cama, entre las dos ventanas y encima de un sillón granate. Su pelo rubio estaba peinado en *bandeaux* y su mirada dulce, indulgente y comprensiva seguía a Jeanne por todo el cuarto. Jeanne no dejaba pasar una oportunidad de sonreírle. Se entendían entre ellas.

Jeanne se levantó y se dirigió a la cocina. Era un cuarto enorme, recubierto de baldosas coloradas y con una campana de vidrio martillado que se extendía a todo lo largo de la pared, encima de la cocina de gas y del horno a carbón. Allí podía cocinarse para todo un regimiento.

La alta ventana daba sobre el segundo patio de la casa, un viejo edificio de la calle Vaugirard. Las cortinas estaban abiertas. Un joven sacerdote con insomnio perteneciente a la iglesia de Saint Sulpice que se había levantado para rezar

una acción de gracias, vio desde la ventana del último piso de enfrente, cómo Jeanne desnuda, magnífica y libre, iba y venía por el cuarto colorado, abría la inmensa heladera, sacaba una botella, se servía un vaso de agua, lo bebía, se servía otro y lo bebía lenta, voluptuosamente, con el brazo bien levantado y la cara un poco hacia atrás, como si estuviera bebiendo de un manantial que brotara de la roca. La luz fría del techo se reflejaba sobre sus hombros y su pelo lacio de color castaño casi rojizo que ocultaba sus orejas y sus mejillas. El reflejo en los mosaicos del piso teñía de rosa sus largos muslos, el pequeño triángulo caoba de su bajo vientre, la parte inferior de sus pechos bien redondos y puntiagudos y su brazo levantado y macizo como una rama. El sacerdote esperó a que ella apagara la luz para arrodillarse y dar gracias a Dios.

Volvió a la cama. Roland no se había movido. Tiró suavemente de la sábana destapándolo completamente, y lágrimas de felicidad llenaron sus ojos al verlo tan bello e indefenso junto a ella, confiado como un niño al que nunca nadie ha asustado. No se acostumbraba —y jamás podría acostumbrarse— a la alegría maravillosa de amarlo tanto. Cuando lo esperaba en alguna parte y de repente lo veía aparecer, era como si miles de soles iluminaran el cielo y transformaran la tierra entera. La acera se convertía en una alfombra roja, la mesa del café en un bote, las personas que los rodeaban en un ballet de sombras bordeadas de oro, y él llegaba en medio de esa gloria como si fuera el centro del mundo que se aproximaba a ella tendiéndole las manos, mientras su pecho se hinchaba y se llenaba con una luz enceguecedora de la que trataba de librarse con enormes suspiros, mientras él le preguntaba sonriendo qué era lo que le pasaba.

—Te quiero —respondía ella.

Se puso a reír nuevamente con ternura y gratitud al ver el sexo adormecido. Parecía un pájaro cansado de empollar, en ese nido de espuma, unos huevos demasiado gran-

des para él. Apoyó suavemente su mano sobre el nido y sus tesoros, como si fuera otro nido. Entonces Roland y el pájaro se despertaron.

Es conveniente recordar la actividad desarrollada por el *pandit* Nehru durante los meses subsiguientes. En cuanto volvió a Nueva Delhi moviliza rápidamente a sus diplomáticos para obtener entrevistas con los principales jefes de estado del mundo. Fue en primer lugar a los Estados Unidos de Norteamérica. Tenía que empezar allí. Tuvo dos entrevistas con Eisenhower y luego se trasladó a Rusia, donde fue recibido por Bulganin y Kruschev; de allí pasó a China donde se reunió con Mao, y en Europa se entrevistó con el canciller Adenauer, Su Majestad Isabel II y el presidente Coty. Fue secretamente a Colombey para ver a De Gaulle. Todos recordamos esos viajes del primer ministro de la India. Los diarios y la televisión lo mostraban siempre en la misma actitud: sonriendo al estrechar la mano de algún jefe de estado —Kruschev lo besó—, sonriendo al descender de su avión. Fue en esa época cuando los periodistas lo apodaron *el hombre de la rosa*, por la infaltable flor que adornaba su túnica y para manifestarle también la simpatía de los pueblos del mundo entero. En efecto, todo el mundo pensaba que esos viajes tenían como fin combatir la guerra fría y ayudar a su terminación. Él hizo todo lo posible por alentar esa suposición, y por otra parte quizá trató de hacerlo en realidad; pero el verdadero propósito de esas entrevistas era más importante, tan importante que obtuvo de personajes tan opuestos como Mao, Eisenhower y Kruschev una inmediata aprobación de las decisiones que había venido a someterles.

Las propuestas de Shri Bahanba solamente podían ser eficaces si se realizaban en medio del secreto más absoluto, un secreto de piedra y plomo. Nehru lo obtuvo. Cada uno de sus interlocutores comprendió cuáles serían las consecuencias de la más pequeña indiscreción. Cada uno de

ellos comprendió también que el plan de Bahanba exigía una colaboración total y sin reticencias de todos los hombres a quienes Nehru la había solicitado.

La tercera condición para lograr el éxito de la operación era la extrema urgencia de las medidas que debían tomarse. Éstas comenzaron a aplicarse simultáneamente con el paso de Nehru por las diferentes capitales. Una semana después de su visita a Eisenhower, la Casa Blanca publicó un comunicado anunciando que frente a los temores manifestados por los gobiernos japonés y canadiense, y si bien esos temores resultaban infundados, el estado mayor norteamericano renunciaba a experimentar la bomba nuclear subterránea de gran poder que debía ser explotada el mes siguiente en una isla perteneciente al archipiélago de las Aleutianas.

Esta decisión era la clave del plan de Bahanba y lo que lo hacía factible. Sin embargo este plan no tenía nada que ver con la guerra —fría o caliente—, ni con las experiencias atómicas.

Dos misiles norteamericanos que apuntaban permanentemente hacia Rusia, recibieron un nuevo objetivo. Luego de la visita de Nehru a Moscú, dos misiles rusos fueron apuntados hacia el mismo objetivo. Y unos años después, no bien el primer misil chino de largo alcance estuvo en condiciones de ser lanzado, apuntó a la misma dirección que los otros dos.

Y desde 1955, y posteriormente a los susodichos viajes de Nehru, data la instalación de una comunicación directa entre Moscú y Washington, cuya existencia recién fue revelada durante la presidencia de Kennedy y a la que se le dio el nombre de "teléfono rojo". Una idéntica instalación, que permaneció en secreto, fue establecida entre Moscú y Pekín, y entre Pekín y Washington.

El jefe de cada uno de estos tres grandes países estaba siempre listo, ante al menor amenaza, para poner en funcionamiento todo su poderío bélico contra los otros dos, y